

LA CREACIÓN DEL SENTIDO

EDITORIAL PRE-TEXTOS

EDITORIAL PRE-TEXTOS

Basilio Sánchez

LA CREACIÓN DEL SENTIDO

EDITORIAL PRE-TEXTOS

PRE-TEXTOS

NARRATIVA

La presente edición ha contado con una ayuda de:



DIPUTACIÓN
DE CÁCERES



INSTITUCIÓN CULTURAL
EL BROCENSE
DIPUTACIÓN DE CÁCERES



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y *

Imagen de la cubierta: *Un espacio manso*, de Basilio Sánchez

1ª edición: febrero de 2015

© Basilio Sánchez, 2015

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2015

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15894-84-1

DEPÓSITO LEGAL: V-441-2015

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

EL PARQUE

UNA ciudad no tiene corazón, tiene un parque pequeño situado en el centro de la memoria por el que corre el agua de las fuentes y en el que, al atardecer, se arremolinan los gorriones antes de abandonarse a la hospitalidad de su tibieza.

El paseante ve su rostro reflejado en los escaparates y se da cuenta de que, al menos en lo que a su alma se refiere, a él no le concierne la ciudad, que él pertenece al parque; que, en realidad, jamás ha salido de ese antiguo recinto perfumado porque nunca ha dejado de corretear bajo las hojas de las catalpas –grandes y suaves, como recuerda las manos de su madre–, ni de percibir la agitación tranquila de los plátanos con el aire de la felicidad que una vez creció en él y que, al cabo de los años, no ha perdido del todo.

El paseante sabe que una ciudad no tiene corazón, pero que existe, en algún lugar, una fuente de piedra con siete peces rojos centelleantes y un puñado de niños

que gira a su alrededor mientras sus voces se elevan por encima de las hojas de las acacias, más allá de las habitaciones de las lavanderas y los mirlos.

EDITORIAL PRE-TEXTOS

LOS PATIOS

LOS patios. El lugar de las voces, de los sonidos.

El tintineo cercano de una campana lleva al aire los primeros murmullos, el crujido ligero de los bollos acariciados por las manos, liberados apresuradamente de su envoltura humilde de papel de periódico.

Los pasos, al principio indecisos, vacilantes, como lastrados todavía por la arena reciente del latín o la aritmética, se van multiplicando y encendiendo hasta alcanzar de pronto, sin que nos demos cuenta, la sonoridad rotunda de las tormentas y de los vientos desatados. Pasos que se entrelazan con los botes de los balones en el suelo, con los chasquidos de los largueiros y las maderas carcomidas de las ventanas, con el vibrar de un aro que se prolonga en un eco solemne bajo la bóveda metálica del pabellón. Pasos confundidos con los ecos más altos de las campanas de las iglesias de la ciudad antigua, que se diluyen finalmente en el crotozar largo de las cigüeñas que lo vigilan todo.

Y mucho más abajo, el zumbido de las peonzas y el crepitar de barro de los bolindres, los latidos de goma de los fajos de cromos desvaídos de animales y plantas o el martilleo leve, sobre las escaleras, de la taba prehistórica.

Y el agua, luego el ruido del agua. El agua casi prohibida de las cisternas y el agua voluntariosa que se derrama sobre los rostros enrojecidos, sobre los cuellos sin botones y los calzones cortos, sobre los zapatos que tendrían que durar toda la vida, como estos mismos patios que creíamos eternos.

Y por encima de todos los sonidos y todos los murmullos, el coro alegre, sin duda, de las voces: las voces exultantes y las voces pausadas; las voces excesivas de los furibundos y las apenas susurradas de los conjurados; las voces imprecatorias de los fuertes y las lamentables de los débiles; las voces desbordantes de los que triunfan en los juegos y las risas ahogadas, medio en ruinas, de los que no lo logran; las voces llegadas de los pueblos y las de las ciudades; las de los listos que mercadean con sus cosas y las de los torpes que las compran; las voces que planifican el pecado para el fin de semana y aquellas que desgranán la oración expiatoria; las voces poderosas de la opulencia y las famélicas de la necesidad; las voces de los adeptos que lo poseen todo y las de los perseguidos que heredarán el Reino de los Cielos.

Palabras inaugurales y palabras pronunciadas por penúltima vez; palabras familiares y palabras de desarraigo; palabras que se unen a las otras o palabras perdidas, solitarias, colgadas como pájaros en un clavo oxidado de la pared del fondo.

Voces intransigentes con las demoliciones que siguen con nosotros, que continúan en el aire después de que una última campanada las haya conducido hasta dentro y las haya sentado, bajo un cielo imposible, en antiguos pupitres de madera para hacerlas callar; consumirse, definitivamente, en beneficio de los godos y de unas nubes altas que, al parecer, se llaman nimbos o estratos. O algo así.

EDITORIAL PRE-TEXTOS

ADOLESCENTE

FUE apenas un instante, un desfallecimiento, una muerte todavía pequeña.

Desde ese momento, sin embargo, empezó a intuir que, cada vez que hablaba o se reía, algo parecido a una nieve muy tenue comenzaba a caer sobre los árboles y a depositarse sobre las aceras; a mezclarse en silencio con la tierra en el antiguo patio del colegio en el que aún jugaba con sus amigos a la salida de las clases.

Que, desde ese momento, al despertarse por las mañanas, algo parecido a una nieve ligera continuaría creciendo a su alrededor hasta llegar a sepultarlo como a los dinosaurios. Un animal, secreto y vulnerable, que seguiría, no obstante, estando allí.

EDITORIAL PRE-TEXTOS

APOYADA en los árboles, la tarde se desplaza dificultosamente hacia un crepúsculo definitivo. Detrás de la ventana, con veinticuatro años, ha empezado a conocer el trasiego de los libros en las estanterías desvencijadas del cuarto donde estudia, en el extremo septentrional de su memoria.

Con la mirada fija en el cuenco de su mano, obligado al silencio hasta el amanecer, escoge las palabras asumiendo sus posibilidades infinitas, la quimera de su ductilidad.

Ha intuido que tiene que esperar, que ha de aguardar, inmóvil, a que se abra un claro en el cielo de nubes de la página para que el poema se vislumbre.

También ha comenzado a percibir que la primera palabra de la primera línea de un poema, como el grito de los recién nacidos, como el plato de nieve en la alacena de las germinaciones, sólo puede ser blanca.

Pero con veinticuatro años, no conoce todavía el orden secreto de las palabras. Con veinticuatro años, todas las tentativas le parecen hallazgos.

EDITORIAL PRE-TEXTOS